

VICTOR J. SEIDLER

**LOS HOMBRES Y EL
VALOR DE AMAR**

TRADUCCIÓN: MOISÉS SILVA

Las tradiciones del amor

¿Por qué parece que se necesita valor para amar? ¿Es el amor especialmente difícil para los hombres, y qué nos dice esto acerca de las diversas tradiciones del amor en Oriente y Occidente, dentro de las cuales hemos aprendido el significado del amor? ¿Qué nos dice acerca de las masculinidades heterosexuales y gay que crecemos aceptando sin cuestionar? El mundo ha cambiado en su visión de las relaciones sexuales y de género durante los últimos treinta años, pero ha cambiado de diferentes maneras en diferentes lugares, bajo los desafíos del feminismo y la liberación gay. Escuchar a un amigo gay

hablar de las dificultades que su nuevo amante en la India tiene para asumir su sexualidad, el miedo que siente del rechazo de su familia y sus amigos y la vergüenza que siente por sus deseos, hace que uno comprenda las especificidades de la cultura, la historia y el lugar. Los hombres afro-caribeños pueden experimentar dificultades para revelar su identidad gay en una comunidad que ha identificado a los cuerpos heterosexuales como una defensa contra el racismo.

Todos cargamos con historias complejas, y a menos que aprendamos a reconocer las maneras específicas en que estas historias continúan dándole forma a nuestros deseos y sentido de identidad, los cambios serán con frecuencia superficiales. La tradición cristiana que predomina en Occidente y que encontró eco en el liberalismo nos hace sentir que la vida social es un drama en el que representamos diferentes papeles, y que podemos dejar estas diferencias a un lado y relacionarnos

como individuos, como personas. Cuando decimos que el amor es una energía que no conoce fronteras y que va más allá del género, la cultura y la “raza”, tenemos al mismo tiempo que recordar que las personas enfrentan diferentes historias, culturas y tradiciones, que les exigen diferentes formas de valor si quieren encontrar una mayor libertad.

El poder colonial que Occidente ha podido imponer sobre las culturas colonizadas, que estamos experimentando dolorosamente en Irak, muestra la arrogancia de una modernidad occidental incapaz de escuchar o respetar a culturas diferentes. El gobierno de los Estados Unidos habla de llevar “libertad y democracia”, como si Occidente ya hubiera logrado lo que se cree que a otros les falta, y tiene poco que aprender y mucho que dar, así que, si se lleva el petróleo, quién se puede quejar. Las fotografías de tortura en la prisión de Abu Ghraib nos ha-

cen recordar los peligros de que las personas ejerzan un poder absoluto.

¿Qué hemos hecho? ¿Cómo fue que las buenas intenciones de liberar a un país de un cruel dictador llegaron a esto? Incluso si nos opusimos a la guerra, estamos implicados y tenemos que mirar honestamente dentro de nosotros mismos al tipo de hombres y mujeres en que nos hemos convertido. ¿Es el amor la respuesta? Cuando Stephen Biddulph, en *Manhood*, dice que “Los enemigos del hombre están frecuentemente en el interior, en los muros que colocamos alrededor de nuestros corazones”, me pregunto si es útil hablar de “enemigos” de esta manera y de dónde proviene esta forma de pensar en las diferentes lecturas judías, cristianas e islámicas del Génesis. Cuando dice que “los cambios internos tendrán que venir primero antes de que podamos curar al mundo”, necesitamos el va-

lor para entender también las conexiones entre “interno” y “externo”, entre “psique” y “social”, entre “alma” y nuestras vidas corporales cotidianas. Al aprender a “mirar honestamente dentro de nosotros mismos”, también estamos confrontando cómo nuestros pensamientos, nuestras emociones y nuestros deseos han sido conformados dentro de historias y tradiciones particulares.

En el Occidente, conformado mayormente dentro de la tradición cristiana secular, todavía podemos aprender que el amor es sólo “puro” si no lo manchan el cuerpo y la sexualidad, todavía identificadas con los “pecados de la carne”. Incluso si hemos roto con estas tradiciones intelectualmente, aún nos pueden retener emocionalmente, conforme reconocemos las maneras en que hemos aprendido a tratar al amor como un bien limitado que debe por lo tanto ser controlado cuidadosamente. Para los hombres, cuya mas-

culinidad ha sido frecuentemente identificada con el autocontrol y con nociones de “independencia” y “autosuficiencia”, existe a menudo un miedo al rechazo, así que es más fácil no mostrar vulnerabilidad en el amor que arriesgarse al rechazo. Con frecuencia los hombres no queremos saber lo que sentimos, porque tememos las revelaciones de una naturaleza que ha sido definida como “animal”. Incómodos con cuerpos y sexualidades que han sido asociadas con la vergüenza o con deseos homosexuales que han sido vistos como “anormales”, hay una tendencia a las identidades “raras” [*queer*], rehusando las distinciones categóricas entre “normal” [*straight*] y “gay”, “heterosexual” y “homosexual”.

De diferentes maneras, los hombres han tenido que asumir visiones culturalmente definidas de la masculinidad que a menudo han tenido el efecto de alejarnos de nuestros cuerpos y nuestras sexualidades. La

espiritualidad occidental frecuentemente tiene que ver con un escape de cuerpos que han sido asociados con la vergüenza como “animales” o como fuentes de “malas” tentaciones. Freud, hablando a partir de las fuentes judías, comprendió cómo el judaísmo como un “Israel carnal” se había convertido en el “enemigo” dentro del discurso cristiano antisemita que preparó el camino para el Holocausto. Reclamar el cuerpo y la sexualidad como expresiones del amor “humano” y no de la lujuria animal, fue el desafío de Freud a una modernidad que había heredado el desprecio cristiano por el amor corporal y la incomodidad con el deseo sexual.

Aprendiendo el amor

Los hombres frecuentemente viven con un temor de que no son dignos de ser amados, culpándose a sí mismos por estos sentimientos sin comprender cómo han sido forma-

dos a través de una cultura protestante predominante. Al vivir dentro de un mundo secular, puede ser difícil para los hombres descubrir las fuentes de nuestras emociones, nuestros temores y nuestros deseos. Pero en vez de una toma de conciencia autocrítica, a menudo no nos queda más que culparnos a nosotros mismos, o culpar a otros a los que identificamos como “enemigos”. Habiendo aprendido una relación instrumental con nuestros cuerpos, los hombres a menudo culpan y castigan a sus cuerpos por enfermarse, sintiéndose de alguna manera decepcionados por los cuerpos con los que estaban contando. Les puede resultar difícil reconocer lo apartados que están de su experiencia corporal, como si las personas pudieran desear una mejor relación consigo mismas. A veces pensamos que a través de la experiencia espiritual podemos eliminar la ira, el resentimiento, los celos y la

codicia que parecen echar a perder nuestras relaciones con los demás, pero esto puede ser una evasión a menos que hayamos aprendido a reconocer estas emociones “negativas” y sacarlas a la superficie. Algunas personas quieren trascender lo emocional y pasar a lo espiritual antes de haber aprendido a trabajar con sus propias emociones.

Aunque es posible quedarse atorados en un nivel emocional, si queremos llegar a conocer nuestras debilidades y nuestras fortalezas necesitamos entender cómo el amor, como un flujo a través de las generaciones, ha sido bloqueado de diferentes maneras en nuestras familias. Si queremos derribar los muros que hemos levantado alrededor de nuestros corazones, tenemos que cuestionar cómo hemos aprendido a ser “suficientemente hombres”. Tenemos que explorar los senderos particulares que tomamos de niños a hombres, y las maneras en las que

frecuentemente traicionamos nuestro conocimiento y nuestras verdades internas para ganar el amor de nuestros padres. Al crecer en una cultura en la que el amor era frecuentemente tratado de una manera condicional como una recompensa para el éxito y los logros individuales, no podemos tener muchas experiencias de amor incondicional. En nuestras relaciones todavía podemos sentir que el amor tiene que ganarse, y encontramos difícil poder contar con los otros. Éste puede ser un aprendizaje difícil para los hombres, quienes pueden sentir que sólo pueden merecer el amor si han sido una fuente de fortaleza para los demás.

Sara Payne, madre de Sarah, la niña de 8 años que fue raptada y asesinada por Roy Whiting el 1 de julio del 2000, ha escrito en “*Sara Payne: A Mother’s Story*”: “Siempre estoy cuestionándome por qué dejé a Sarah ese día. Si no lo hubiera he-

cho ¿todavía estaría aquí?” Pero esa es una pregunta que uno se puede tratar de contestar el resto de su vida. El dolor y la sensación de impotencia de su esposo Michael se convirtieron en ira. Un día Michael tomó una pistola, con la intención de matar a Whiting, y Sara tuvo que llamar a la policía para que hablaran con él. “Yo no culparía a Michael. Quiero que eso quede claro. Pero si le hicieras eso a otro ser humano te convertirías en un ser humano muy diferente. Y no sé si podría vivir con alguien que pudiera hacer algo así”. Michael tuvo que manejar la condición de casi icono público de su esposa y que se le restara importancia a su propio dolor. Sara dice que observa eso todo el tiempo en su trabajo con el Programa de Víctimas del Crimen: “Simpatizo con cualquier hombre en esa situación. El programa no está orientado hacia los papás, ni toma en cuenta sus emociones. Ellos no tienen a nadie

que los apoye”. Michael no lo había enfrentado muy bien en público, parado con los ojos hinchados, devastado y prácticamente mudo junto a su esposa, pero fue él quien trató de mantener la normalidad en casa. Sara sonríe tristemente: “Una de las mejores cualidades de Mike es que todos pensaban que yo era tan fuerte y ecuánime, y la verdad es que no lo soy. No puedo aceptar el hecho de que mi hija fue asesinada. No creo que nadie podría” (*The Observer Review*, 23 de mayo de 2004, p. 3).

Barbara Ellen sugiere que el verdadero valor del libro de Sara es la manera en que ilustra el absoluto caos en el que un asesinato puede convertir la vida cotidiana: cacerolas sucias en el fregadero, leche rancia en el refrigerador. “Es caótico, es oscuro”, dice Sara. “Te pasas la vida yendo a lugares a donde no quieres ir”. La tensión hizo estragos en la relación de los Payne, y se separaron. “Creo que Michael se sentía que lo

había descuidado, y tenía razón. Nos descuidamos a nosotros mismos, y uno al otro”. Con frecuencia los hombres que sienten la necesidad de ser fuertes frente al infortunio no pueden reconocer sus propios sentimientos. Al haber aprendido que las emociones son un signo de debilidad, podemos encontrar difícil mostrar nuestra vulnerabilidad a los demás sin sentir que nos estamos degradando ante sus ojos. A veces es más fácil para los hombres jóvenes quitarse la vida que mostrar su necesidad y vulnerabilidad a quienes están más cercanos a ellos. Lo que a menudo impacta a la familia y los amigos es lo poco que sabían de la desesperación, el aislamiento y la soledad que esos jóvenes han estado llevando por dentro.

A veces es difícil para estos jóvenes sentir arraigo o conexión con los demás, aunque puedan contarlos como cercanos. La depresión puede pasar de manera callada de padres a

hijos, y los jóvenes pueden encontrar difícil expresar lo que están viviendo. Es posible que quieran comunicarse con los demás, pero que se sientan incapaces de hacerlo. Quieren sentirse amados, pero pueden encontrar difícil mostrar el amor que sienten. Pueden sentirse atados dentro de sí mismos, incapaces de compartir su aislamiento y su soledad. En Gran Bretaña, la tasa de suicidios entre hombres jóvenes se ha triplicado desde los años ochenta, convirtiéndose en la primera causa de muerte en hombres entre los 19 y los 35 años de edad. En tanto que las mujeres pueden tomar una sobredosis de pastillas, que tardan algún tiempo en actuar, los hombres se dan un tiro o se ahorcan. Los hombres jóvenes crecen sintiendo que deberían ser capaces de manejar sus propios problemas emocionales internos sin necesidad de hablar con otros o de buscar la ayuda de profesionales.

En ocasiones los hombres pueden ser bastante capaces de afirmar su identidad en su vida laboral, pero se sienten incómodos al pedir algo en sus relaciones íntimas. Pueden sentir que son unos constantes proveedores para sus parejas, incapaces de darle voz a sus propias necesidades y muy poco acostumbrados a sentir que su pareja puede realmente “estar ahí” para ellos. Puede ser más fácil dar que recibir amor. Los hombres también se pueden sentir inseguros acerca de cómo actuar en sus relaciones, especialmente después del feminismo y de las transformaciones en las culturas laborales, en las que las destrezas verbales y las capacidades de comunicación femeninas tradicionales han sido más valoradas. La velocidad de la vida moderna y la necesidad de adaptarse a las demandas cambiantes del trabajo han llevado a relaciones más instrumentales con nosotros mismos. Esto puede hacerle más difícil a

los hombres establecer conexiones más profundas con ellos mismos, o definir sus necesidades y deseos individuales. Siempre esperando que algo mejor pueda aparecer, puede ser difícil comprometerse con relaciones en el presente o aprender a negociar relaciones íntimas.

Para que los hombres desarrollen una conexión espiritual consigo mismos, tienen que aprender a crear relaciones más iguales y amorosas, y transformar relaciones sociales desiguales que han sido formadas en los ojos de masculinidades dominantes. Al aprender a profundizar nuestras relaciones con nosotros mismos, aprendemos que al sanarnos estamos ayudando a sanar al mundo. A menos que podamos comprender las injusticias y opresiones sociales que también le han dado forma a nuestras vidas internas como hombres, no podremos tener esperanzas de expresar una compasión sincera por el mundo.